

Las guerras napoleónicas en los Balcanes

Mira MILOSEVICH

(Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset)

miram@terra.es

Recibido: 14 de febrero de 2010

Aceptado: 23 de junio de 2010

RESUMEN

Para comprender la dimensión paneuropea de las campañas napoleónicas es necesario analizar el contexto político y geoestratégico de los Balcanes a comienzos del siglo XIX, en la perspectiva de las relaciones internacionales: tensiones entre los tres grandes imperios —otomano, austrohúngaro y ruso—, la Primera Revuelta Campesina serbia en 1804, así como el surgimiento, un año después, de la tercera coalición contra Francia, que fue derrotada en la batalla de Austerlitz (1805). Las consecuencias de las guerras napoleónicas se examinan en tres territorios diferentes de los Balcanes: Provincias Ilirias, donde se afirmó, por un breve período, el dominio francés en los Balcanes (1809-1815), Serbia y Bosnia y Herzegovina, para demostrar que el surgimiento de la ideología nacionalista en los Balcanes debe mucho más a las características de los sistemas políticos imperiales de los otomanos y austrohúngaros que a las campañas napoleónicas.

Palabras clave: Guerras napoleónicas. Balcanes. Nacionalismo. Provincias Ilirias. Movimiento Ilirio.

Napoleonic Wars in the Balkans

ABSTRACT

In order to understand the pan-European scope of Napoleon's campaigns it is necessary to study the political context and strategic location of the Balkans in the early 19th century from an international relations perspective: rivalry between Ottoman, Austro-Hungarian and Russian empires, the First Serbian Uprising in 1804, along with the creation of the Third Coalition against France, which was defeated at the Battle of Austerlitz (1805). The consequences of the Napoleonic Wars on three different Balkan territories are examined. The territories are the Illyrian Provinces, where the French grip on the Balkans was affirmed for a brief time, Serbia, and Bosnia and Herzegovina. The purpose of this essay is to show that the rise of nationalist ideology in the Balkans was the result not of Napoleon's campaigns but of the particularities of the imperial political systems of the Ottomans and the Austro-Hungarians.

Keywords: Napoleonic Wars. Nationalism. Illyrian Provinces. Illyrian Movement.

Estudios recientes sobre las guerras napoleónicas, como el de Charles Esdaile (2009), afirman que la amplia literatura hasta ahora publicada sobre este tema lo ha tratado a partir de las biografías detalladas de Napoleón, o de la descripción de sus campañas, tachando esta aproximación de unidimensional. Esdaile considera que, para comprender las causas y consecuencias de las guerras napoleónicas en Europa, no sólo es necesario tener en cuenta las batallas de Napoleón o su desmesurada ambición y belicismo, mezclados con egolatría y obsesión por el poder, que le empujaban a la conquista insaciable de nuevos territorios, sino los escenarios de la guerra que se encontraban en la periferia del continente: los Balcanes, la Península Ibérica o Escandinavia.

Estando de acuerdo con Esdaile en que la comprensión de los hechos y procesos históricos de los Balcanes nos pueden deparar una visión más acabada de la dimensión paneuropea de las campañas napoleónicas, nos centraremos:

1) En el contexto político y geoestratégico de los Balcanes a comienzos del siglo XIX, en la perspectiva de las relaciones internacionales. Para ello nos ocuparemos de la Primera Revuelta Campesina serbia en 1804, así como del surgimiento, un año después, de la tercera coalición contra Francia entre las potencias, tradicionalmente enemigas entre sí, que ejercían dominio o influencia en los Balcanes: Rusia, el Imperio austrohúngaro, Inglaterra, Suecia y Nápoles. La derrota de dicha alianza en Austerlitz, (la llamada “batalla de los tres emperadores”), el 1 de diciembre de 1805 —primer aniversario de la coronación de Napoleón como Emperador—, demostró la capacidad de Bonaparte para convertirse en el verdadero amo de Europa, llevándose por delante un enemigo tras otro, y aleccionó decisivamente a las potencias derrotadas acerca de la necesidad de deponer sus rivalidades mientras Napoleón campase a sus anchas por el continente. La victoria de Austerlitz, lograda en unas condiciones muy adversas (45.000 soldados franceses contra más de 100.000 hombres de la coalición), dio a Bonaparte la llave de los Balcanes.

2) En las consecuencias en dicha región de las guerras napoleónicas, en lo que intenta ser una modesta contribución al debate sobre la difusión del liberalismo y del nacionalismo, las dos ideologías que moldearon la Europa moderna, por las campañas napoleónicas. Trataremos a los casos de Croacia y Eslovenia —que Napoleón convirtió en las Provincias Ilirias de su Imperio (1809-1813)—, así como de los de Bosnia y Herzegovina y Serbia, donde nunca estuvieron los ejércitos del Corso, pero que vivieron los acontecimientos europeos de la época a su particular manera.

3) En la formación del ideal unitario yugoslavo a través del *Movimiento Ilirio*, surgido en 1830 como un efecto diferido de las guerras napoleónicas.

1. El contexto político y geoestratégico de los Balcanes a los comienzos del siglo XIX

Todos los personajes que han dejado alguna huella en nuestra historia y cultura, durante el dominio de los grandes imperios [austrohúngaro y otomano], llevan el signo fatalista del destino balcánico: la pesada herencia de la sociedad en la que todo va más lento, donde es más difícil conseguir cualquier cosa que en las otras partes del mundo, y donde todo esfuerzo, desde el mismo principio está condenado a perderse como agua en la arena que se estaba almacenando durante siglos. Nuestro destino consiste no sólo en el conflicto entre las dos religiones [Islam y cristianismo], sino que se trata del choque entre Occidente y Oriente, una lucha que ha dividido nuestra identidad con una pared ensangrentada (Andric, 1997:126.)

Napoleón emergió en una Europa marcada por la Revolución francesa de 1789 y el desencadenamiento en toda Europa Occidental de la impugnación política del Antiguo Régimen, que supo aprovechar de modo oportunista para hacerse con el poder. Sin embargo, sus guerras contra las grandes potencias de la época estuvieron determinadas por lo que acontecía en la Europa del Este. A los comienzos del siglo XIX, las zonas más calientes de la política internacional europea eran Polonia (un Estado ya difunto, dominado por el Imperio Ruso) y los Balcanes, teatro de tensiones entre los Imperios ruso, austrohúngaro y otomano, aunque sólo los dos últimos ejercían un dominio territorial en la región. Los Habsburgo controlaban los territorios de lo que hoy son Eslovenia y Croacia, mientras los otomanos ocupaban el resto de los Balcanes.

La larga supervivencia de los Habsburgo (803-1918; otros imperios habían perdido dinastías, pero no territorios; los Habsburgo perdían territorios —que recuperaban después gracias a alianzas militares o matrimoniales—, pero su dinastía permaneció incólume) y de su Imperio se fundamentaba en la lealtad de sus súbditos a la doble corona y a la dinastía, y en un ejército común y un eficaz sistema burocrático que garantizaba el control del centro sobre las periferias, así como en el predominio del idioma alemán y de la religión católica, ambos de carácter oficial. A pesar de que los diferentes pueblos que formaban parte del Imperio gozaban de una cierta autonomía cultural, ésta terminaría a causa de las tensas relaciones entre eslavos y alemanes, los dos grupos étnicos más numerosos y diferentes entre sí, cuyas disensiones fueron el catalizador de la Primera Guerra Mundial. Los alemanes se creían superiores en todos los sentidos —cultural, política y económicamente— a los otros pueblos del Imperio, pero, sin embargo, no eran la mayoría. Los eslavos les superaban en número, aunque se les considerara más débiles, pues constituían una población mayoritariamente campesina.

Los otomanos tenían una organización político-administrativa muy diferente, basada en la división de la población en comunidades religiosas, los *millet*, a las que se concedía un gran margen de autonomía, si bien ésta suponía, para los grupos no islámicos, un estatuto inferior respecto a la *umma*, la comunidad musulmana. Cada comunidad subalterna, tributaria del gobierno islámico, seguía en su funcionamiento interno las leyes particulares del *millet*, según un régimen que implicaba subordi-

nación, pero también privilegios, como el de ser gobernada por sus propias autoridades religiosas. Los musulmanes dependían directamente del centro del poder, del sultán. Los cristianos ortodoxos y los armenios formaban dos *millet*, los judíos el tercero. El ortodoxo fue creado en 1454, un año después de la caída de Constantinopla. Los católicos, en su mayoría de origen veneciano y genovés, sólo llegaron a tener un *millet* propio a partir de 1839.

La larga supervivencia del Imperio otomano se explica frecuentemente por la situación “pluralismo jerarquizado” de las comunidades religiosas. Pero más importante aún que la tolerancia religiosa para el sostenimiento y la continuidad del Imperio fue su expansionismo, que dictaba las dos necesidades básicas de la política interior de la Sublime Puerta: guerreros y dinero. Mientras el sultán lograra la satisfacción de estas exigencias, las libertades de los súbditos, sobre todo la religiosa, no se verían amenazadas.

Esta sólida estructura político-religiosa empezó a cuartearse a raíz de los enfrentamientos con los imperios cristianos, austrohúngaro y ruso. Los planes extranjeros para poner fin a la dominación turca en los Balcanes se remontaban al siglo XV, pero no fueron viables hasta que los Estados cristianos lograron que los musulmanes se pusieran a la defensiva. En 1699, Austria conquistaría Hungría y Croacia; Rusia llegó al Mar Negro y, en 1774, tras la destrucción de la marina turca (1768-1774) ganó el derecho de intervenir en los asuntos otomanos con el fin de proteger a los súbditos cristianos ortodoxos. Entonces, José II y Catalina la Grande trazaron un plan para dividirse los Balcanes, según el cual Austria se apoderaría de Bosnia y Herzegovina (sueño que desde entonces perseguirían los Habsburgo, hasta cumplirlo en 1908, anexionándose este territorio y contribuyendo así al conflicto que haría estallar la Gran Guerra), parte de Serbia, Dalmacia y Montenegro, y Rusia controlaría el resto. Lejos de apoyar a los movimientos independentistas, los déspotas ilustrados se proponían sustituir la dominación imperial musulmana por su equivalente católico u ortodoxo.

El conflicto entre imperios abrió la puerta, tímidamente al comienzo, a la economía capitalista. Tras la guerra entre los otomanos y austriacos, en 1739, las mercancías pudieron circular libremente en el territorio de Serbia. El Imperio otomano no consiguió librarse de las crecientes repercusiones del capitalismo occidental, especialmente cuando el comercio se vinculó a los mercados de Europa central y Francia. Estaba obligado a cambiar, a modernizarse. A ello le forzó en mayor medida su enfrentamiento con los austriacos y rusos, pero sólo después de la Revolución Francesa de 1789, de las guerras napoleónicas y las rebeliones de los serbios (1804-1815) y griegos (1821), se demostró que el Imperio otomano no era capaz de mantener su organización política tradicional. El sultán Mahmut II (1807-1839) siguió la política reformista que había comenzado Selim III en 1789, con la ambición de convertir el Imperio otomano en un Estado moderno. Tratando de imitar al genio militar corso, los otomanos crearon un ejército profesional, enviaron a sus oficiales a las escuelas francesas (1827) e iniciaron en 1831 una reforma legislativa que llevaría a la proclamación de la igualdad de derechos para todos sus súbditos, fueran musulmanes o no.

De todos los factores exteriores que debilitaron a la Sublime Puerta, la Revolución Francesa fue la que tuvo mayor influencia en la aparición del nacionalismo en los Balcanes. Mientras los imperios cristianos intentaban reemplazar al sultán por varias dinastías autocráticas que gobernarían sus propios reinos políglotos en constante expansión, en Francia el Antiguo Régimen se enfrentaba a su final. La Revolución Francesa demostró que la emancipación podía ser fruto de la acción de las masas. El derrocamiento de la monarquía francesa, la ascensión de Bonaparte y, sobre todo, la invasión francesa del Egipto otomano en 1798, radicalizaron las tendencias revolucionarias y secesionistas de las elites cristianas en los Balcanes.

Napoleón trató de establecer su influencia en la Europa del Este y los Balcanes, primero, buscando aliados (envió ayuda al sultán Selim III durante la rebelión serbia en 1804), y luego, en un enfrentamiento abierto con los austriacos y rusos, algo inevitable, porque sus intereses geoestratégicos rivalizaban con los de éstos, y, para realizarlos, la estrategia de Bonaparte exigía la partición de Polonia y del Imperio otomano.

En 1804, la Revuelta Campesina serbia deparó una gran oportunidad a las ambiciones rusas. La rebelión, en principio, no tuvo un claro signo nacionalista, por mucho que unos treinta años después sirviera a Vuk Stefanovic Karadjic, un *polígrafo* romántico que sistematizó los *saberes* básicos de la identidad nacional serbia, como base principal de la *invención de la tradición*, en el sentido que atribuyen a este concepto Eric Hobsbawm y Terence Ranger¹. La revuelta se produjo contra el poder turco local, arbitrario y abusivo, pero en ningún momento cuestionó el poder del sultán Selim III. Tuvo que ver con la creciente debilidad de los otomanos en relación con los imperios cristianos, y con las disensiones entre el sultán y los *jenizaros* (la elite del ejército). Serbia estaba en la periferia del Imperio, lejos del poder central. Tal circunstancia dificultaba el control del sultán sobre estos territorios y propiciaba las rivalidades y la codicia de los funcionarios locales turcos. Cuando los *pachas* de Belgrado asesinaron al gobernador enviado por Selim III, el moderado Hadjí Mustafá, desatando al mismo tiempo la represión contra los serbios, los cabechillas de éstos decidieron organizarse contra los turcos. El éxito de la rebelión se produjo gracias al apoyo decisivo de los bandoleros serbios (*hajduks*), cuyo sentimiento patriótico era dudoso (antes de la rebelión hostigaban a los ricos, fueran éstos serbios o turcos) y a la autoridad de su jefe, Karadjordje Petrovic — *Crni Dorjorjje* (Jorge el Negro)—, un acaudalado terrateniente que comerciaba con ganado porcino. La aspiración de los rebeldes era conseguir la autonomía política dentro del Imperio otomano, no la independencia, pues eran conscientes de la inviabilidad de una soberanía serbia. La autonomía política fue reconocida en 1830 cuando, en nombre del sultán, se otorgó el *firman* a Milos Obrenovic. El reconoci-

¹ La invención de la tradición es un proceso de formalización y ritualización de ciertas situaciones y comportamientos del pasado que se imponen de un modo repetitivo en el presente. Su función principal es reforzar la cohesión social, legitimar las instituciones e inculcar en la masa de la población sistemas de valores, creencias y pautas de comportamiento.

miento internacional de Serbia como Estado independiente llegaría casi medio siglo más tarde, en el Congreso de Berlín de 1878.

Antes de 1804, los rusos no tenían casi ningún contacto con los serbios del Imperio otomano, y, de hecho, la posición rusa inicial ante la rebelión campesina fue de neutralidad: el comandante de las fuerzas rusas en la costa adriática se negó a facilitar armas a los rebeldes, mientras el Ministro de Asuntos Exteriores declaraba que el asunto no interesaba en absoluto a Rusia, definiéndolo como un disturbio más de los que surgían por doquier en el Imperio otomano. Ni el paneslavismo ni el imperialismo marcaban la política de Rusia de comienzos del siglo XIX en los Balcanes: el objetivo no era conquistar la región, ni repartirla con Francia, sino mantener al Imperio Otomano como un Estado aliado que protegería las fronteras meridionales de Rusia. Serbia sólo interesaba a los rusos en tanto existiera la probabilidad de una agresión austriaca o francesa en los Balcanes, y esto dependía totalmente de cómo se desarrollaran los acontecimientos en Europa.

Francia, por su parte, intentaba atraerse a los austriacos como aliados en contra de Rusia. Los Habsburgo iban a sufrir importantes pérdidas territoriales, pero Napoleón quería ofrecerles un lugar en la Europa napoleónica mediante una alianza común contra Rusia y garantías de que Viena podría contar con compensaciones territoriales en los Balcanes. Como el resultado final de estas maniobras diplomáticas preocupaba mucho más a Rusia que lo que ocurriera en los Balcanes, los rebeldes serbios carecían de apoyo exterior. La ayuda rusa a los serbios, a partir de 1806, se debió a la gran derrota infligida por Francia a la coalición formada por Rusia, Austria, Suecia, Inglaterra y Nápoles en la batalla de Austerlitz (1805). Por el tratado de Pressburg, de 26 de diciembre de 1805, Austria se vio obligada a ceder Venecia, Dalmacia e Istria al Reino de Italia. Las dos últimas formarían parte, a partir de 1809, de las Provincias Ilirias.

El 1806 Rusia demostró que no tenía ninguna intención de permitir que Napoleón tuviera vía libre. Firmo un acuerdo con Prusia para asegurarse la neutralidad de ésta en caso de que Francia atacase a Rusia y garantizar asimismo la integridad del Imperio otomano. A partir de entonces, su estrategia en los Balcanes se perfiló con más claridad: consistiría en apoyar los movimientos nacionalistas de los pueblos cristianos ortodoxos y forzar el enfrentamiento entre otomanos y franceses en la frontera de las Provincias Ilirias, esto es, en Bosnia y Herzegovina. Apoyó a los serbios, que en 1806 asaltaron Belgrado y rechazaron las condiciones de paz ofrecidas por los otomanos. Karadjordje no sólo contaba con el respaldo ruso, sino también con la ambición francesa de dismantelar el Imperio Otomano en los Balcanes, aunque Napoleón nunca ayudó directamente a los serbios, sino que además, en 1804, ofreció su ayuda a Selim III.

En 1806, Napoleón pretendía, sobre todo, mantener a Rusia fuera de los Balcanes y quebrar su resistencia a Francia en la Europa Central y el Adriático. No contento con ello, Napoleón estableció un Estado polaco, y, de este modo, acabó hiriendo a Rusia en sus pretensiones de convertirse en una gran potencia europea. La invasión de Rusia en 1812 fue la consecuencia lógica de las ambiciones francesas y de la victoria obtenida en Austerlitz, aunque sería el comienzo del fin de Bo-

naparte y lo que haría decir mucho después al mariscal de campo Montgomery, “la primera norma de la guerra consiste en no intentar nunca tomar Moscú” (Esdaile, 2009: 529). Parece ser que la intención inicial de Napoleón no fue tanto adentrarse en Rusia, como ganarse nuevos aliados en Europa del Este y obligar al zar a mostrarse sumiso. Para sorpresa de la mayoría de los contemporáneos, este plan no funcionó. Polonia estaba agradecida por la protección francesa, pero el resto de los países del Este estaban en manos de los austriacos, que, después de la humillación en Austerlitz, no iban a pactar con Francia más de lo estrictamente necesario. El conflicto con Rusia provocó una revuelta general en Francia como no se había visto desde la crisis de 1793. La terrible catástrofe humana que supuso la marcha hacia Moscú iba a jugar su papel. Napoleón declaró que “la muerte no es nada, pero vivir derrotado y sin gloria es morir día a día” (Esdaile, 2009: 529). La campaña en Rusia suponía la dosificación de muerte a diario, pero no afectaría al poder que el Emperador detentaba en Francia, Italia o Alemania hasta que se inició la retirada. El levantamiento general contra el imperio napoleónico ocurrirá a partir de entonces y será la causa principal de su caída.

La ayuda rusa a los serbios prosiguió después de la caída de Napoleón. Rusia conservó su papel de protectora de las pequeñas naciones de cristianos ortodoxos, disfrazando de este modo su principal interés, que siempre ha marcado su tradicional modelo de política exterior: crear *zonas de influencia* externas a los territorios delimitados por sus fronteras estatales. Esta política, cuyas raíces se encuentran en la época de los imperios europeos, se confirmaría durante la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría, y en las manifestaciones actuales contra la OTAN y su ampliación hacia el este.

¿Por qué creó Napoleón unas Provincias Ilirias? Los ilirios habían sido los primeros pobladores de los Balcanes. Ocuparon, antes de los eslavos, los territorios de la antigua Yugoslavia y Albania. Habrían caído en olvido, de no haber sido identificados históricamente con los eslavos. En el siglo XV, época del primer Renacimiento, las obras de teatro que se escribían y representaban en idiomas eslavos en los territorios del dominio de la República Veneciana fueron denominadas “ilirias”, así como las lenguas en que fueron escritas. Las Provincias Ilirias creadas por Napoleón fueron resultado de las consecutivas derrotas infligidas por los franceses al Imperio austro-húngaro. Primero, en 1805, Austria fue obligada a ceder los territorios de Venecia, Istria y Dalmacia a Napoleón. Luego, en 1809, Austria declaró de nuevo la guerra a Francia, y fue derrotada otra vez en la batalla de Wagram, lo que se tradujo en nuevas concesiones territoriales por el acuerdo de Schönbrunn (14 de octubre de 1809): Eslovenia, Eslovenia y el sur de Carintia, que formarían parte, junto con Dalmacia e Istria, de las Provincias Ilirias. No está claro por qué Napoleón eligió este nombre. Posiblemente, para la gran mayoría de los franceses, “ilirios” era el único nombre conocido de estas tierras. De hecho, el nombre de Dalmacia proviene de la palabra iliria *delmë*, “oveja”. Los ilirios eran identificados como tribus de pastores que se dedicaban a la cría de ganado (ovejas, vacas y cerdos). Los viajeros del siglo XVIII llamaban a los dálmatas “morlacos”, término que en Espa-

ña se refiere al toro de lidia, y donde se puede percibir un análogo vínculo etimológico con los ilirios.

La fugaz existencia de las Provincias Ilirias (1809-1813) contribuyó a la modernización de este territorio: estaba dividido en cuatro distritos administrados desde la costa adriática —Zadar, Split, Makarska y Sibenik—; se encomendó su gobierno al general Marmont, y se impuso el francés como idioma oficial. En los cinco años de dominio napoleónico, se cerraron muchos monasterios para abrir escuelas laicas donde, además del francés, se enseñaba el idioma local. La construcción de carreteras y las reformas administrativas de las instituciones locales contribuyeron a la modernización. Comerciantes franceses abrieron sucursales de sus empresas en las regiones conquistadas. En 1810, el gobernador Marmont envió una delegación iliria a París, con motivo de la boda del Emperador. Cada año se enviaban cien jóvenes ilirios a las escuelas militares francesas. Algunos de estos croatas y eslovenos participaron en la invasión de Rusia en 1812. Sin embargo, para los franceses, las Provincias Ilirias tenían un significado más geoestratégico que político: estaban en la frontera con el Imperio otomano (Bosnia) y constituyeron el punto de arranque de la penetración napoleónica en los Balcanes, iba a significar la derrota de los austriacos y la inhibición (temporal) de los rusos. Después del desastre de Bonaparte en Rusia, Austria, en 1813, exigió la devolución de Dalmacia como precio de su neutralidad. En 1815, en el Congreso de Viena, se reconoció internacionalmente su devolución a los austriacos. La breve existencia de las Provincias Ilirias fue suficiente para la idealización de la dominación francesa, que los croatas recuerdan como un período de libertad, teniendo en cuenta que les libró de los austriacos, aunque aquéllas no llegaron a constituir más que un simulacro de Estado (una provincia, en realidad) satélite de Francia.

2. Napoleón y Bosnia y Herzegovina

Es el último viernes de octubre de 1806. Sentados en sus respectivos sitios, los beyes conversan en voz baja. La conversación gira en torno de una noticia muy importante. Uno de ellos, un tal Suleiman bey Ajvaz, que en esas fechas había estado en Livno por asuntos de negocios, se había encontrado allí con un hombre de Split, una persona seria, según él, que le había contado la noticia que ahora transmitía a los beyes. (...)

Y esto fue lo que pasó. El buen hombre me preguntó: “¿Estáis ya preparados para recibir huéspedes en Travnik?” “¡Que va!” le contesté, “a nosotros no nos interesan los invitados”. “Ea, tomadlo como queráis, pero más os vale empezar con los preparativos”, dijo, “porque a vuestra ciudad llegará un cónsul francés. Bonaparte ha solicitado permiso a la Sublime Puerta, en Estambul, para enviar a su cónsul, a fin de que éste abra un consulado en Travnik y se instale allí. Y ya lo tiene concedido. Este invierno, sin ir más lejos, podéis contar con su llegada”. Me lo tomé a broma y repliqué: “Cientos de años hemos vivido sin esos cónsules, así que podemos continuar sin ellos, y además, ¿qué va a hacer un cónsul en Travnik?”, pero él seguía insistiendo. “Poco importa cómo habéis vivido, ahora os toca vivir con el cónsul. Los tiempos

cambian, y ya encontrará el cónsul algo de qué ocuparse; se sentará al lado del visir para ordenar y disponer, para observar cómo se portan los beyes y los agas por una parte y el pueblo por otra, y rendir cuentas de todo a Bonaparte”. “Nunca fueron así las cosas y nunca lo serán”, contradije yo al infiel, “jamás nadie metió nariz en nuestros asuntos, y tampoco lo hará éste”. “Pues ya veréis lo que hacéis”, me dijo, “pero a fe mía que no os quedará más remedio que recibir al cónsul, porque hasta hoy nadie ha rechazado una petición de Bonaparte, ni tampoco lo harán los que mandan en Estambul. Por otra parte, en cuanto Austria vea que habéis aceptado al cónsul francés, exigirá que también acojáis al suyo, y Rusia no se quedará atrás...” “Pues no vas tú lejos ni nada, amigo”, lo interrumpí, pero él se limitó a sonreír, el latino bellaco, y tirándose del bigote continuó: “Me juego el mostacho a que las cosas suceden tal como te las ha contado, o, al menos, de manera muy parecida.” (Andric, 2001:8).

Ningún libro sobre la historia de los Balcanes describe con tanta precisión histórica la situación en Bosnia y Herzegovina entre 1807 y 1815, como lo ha hecho éste del premio Nobel yugoslavo, Ivo Andric, su novela *Crónica de Travnik*, y, en parte, su tesis doctoral (*El desarrollo de la vida espiritual en Bosnia, bajo la influencia del dominio otomano*, 1924). *Crónica de Travnik* es una novela histórica: Andric utilizó los archivos diplomáticos del cónsul francés Pierre David, y la correspondencia entre el cónsul austriaco Paul von Mitterer con su amigo vienés Jacob von Paulich, así como el *Viaje a través de Bosnia en los años 1807 y 1808*, de Chaumette des Fossés.

Napoleón fue el primero en abrir un consulado en Bosnia, en 1807. El permiso de la Sublime Puerta se lo había ganado a pulso. En 1804, ofreció su ayuda económica y armamentística al Sultán Selim III para acabar con la Revuelta Campesina serbia, que la Sublime Puerta aceptó, ganándose así un aliado contra Rusia. Sin embargo, la llegada del cónsul francés a Travnik, en 1807, coincidió con el asesinato de Selim III por su adversario Mohamed II. El homicidio de Selim III —un sultán que intentó mantener la paz en la periferia del Imperio enviando gobernadores moderados (recuérdese que la Revuelta Campesina serbia comenzó a causa del asesinato de uno de ellos por los notables turcos locales)— reflejaba la profunda crisis que padecía el *Enfermo del Bósforo*. Como no podía ser menos, esta crisis se manifestó de modo particularmente intenso en Bosnia, la región balcánica que contaba con mayor número de musulmanes, después de Albania. Austria, Rusia y Francia intentaron aprovechar la coyuntura. Teniendo en cuenta que Bosnia Herzegovina sólo accedió a la condición de Estado independiente e internacionalmente reconocido en 1995, a raíz los Acuerdos de Dayton, no es exagerado afirmar que Bosnia ha sido una de las claves territoriales en las relaciones entre las grandes potencias, pero también entre las tres grandes religiones del Libro: cristianismo (católico y ortodoxo), judaísmo (muchos de los sefardíes expulsados de España en 1492 se asentaron allí, aunque el número de los sefardíes bosnios fue siempre menor que el de los de Salónica, Esmirna y la misma Estambul) e Islam.

La gran mayoría de los musulmanes en Bosnia son eslavos que descienden de los que se convirtieron al Islam de ortodoxia *suní* tras la llegada de los otomanos. Los expertos coinciden en que la conversión no fue forzada, toda vez que los no

musulmanes pagaban impuestos más altos y no gozaban de los privilegios de los musulmanes. El Imperio estaba interesado en que los no musulmanes subsistieran, porque sus tributos contribuían a la financiación de la expansión militar otomana. Sin embargo, Andric, en su ya mencionada tesis doctoral, sostiene que es cínico afirmar que la conversión al Islam no fue forzada, habida cuenta de las ventajas económicas y el estatuto político y social que obtuvieron los que aceptaron el Islam. La conversión fue el medio de conservar la propiedad de tierra (lo más importante en una sociedad de labradores y terratenientes) y el poder real que ésta llevaba aparejado.

El sistema del *millet* garantizaba la autonomía cultural y religiosa, pero también la subordinación política de otras religiones al Islam. Por todo ello, fortaleció la identificación de los pueblos con sus religiones, sobre todo en el caso de los cristiano-ortodoxos (griegos, búlgaros y serbios). En la época de las guerras napoleónicas, los balcánicos identificaban el concepto de *millet* con el de nación, de uso corriente ya en Europa occidental en el sentido de “comunidad política”. Sin embargo, los musulmanes, protegidos por el Imperio y gozando de privilegios superiores, no emprenderían luchas por la creación de Estados independientes, hasta el derrumbe del propio Imperio otomano, a finales del siglo XIX. Antes de eso, Mahmut II emprendió una política reformista con el objetivo de convertir el Imperio otomano en un Estado moderno. Pero, en la época de Napoleón, los musulmanes de Bosnia, encabezados por Kapetan Husein Gadasevic, se rebelaron contra Estambul reclamando la autonomía de Bosnia con el propósito de frenar la modernización y conservar la jerarquía y privilegios anteriores, presentándose a su vez como defensores del Islam. No lograron la autonomía, pero sí la continuidad del privilegio: es significativo que la servidumbre en Bosnia fuera abolida tan tardíamente como en 1919. La conservación del *statu quo* social y en gran medida político hasta 1878 (en el Congreso de Berlín se dio el visto bueno a la “ocupación y administración” de Bosnia por parte del Imperio austrohúngaro) impidió la aparición de un nacionalismo moderno entre los musulmanes bosnios.

Para Napoleón, Bosnia siempre representó la frontera del Imperio otomano con el mundo cristiano, pero también un posible aliado contra Rusia. Para los musulmanes de Bosnia, Napoleón significaba una amenaza para sus privilegios. Aunque, como dice Hamdi bey al final de *Crónica de Travnik*, “todo volverá a ser como siempre ha sido por voluntad divina”. El particular Antiguo Régimen de Bosnia tendría aún un siglo más de vigencia.

—Siete años— dice pensativo y estirando palabras Hamdi bey—, ¡siete años! ¿Os acordáis de cuánto jaleo y ruido se organizó por estos cónsules y por ese... ese... Bonaparte? Bonaparte por aquí, Bonaparte por allá. Va a hacer esto, no va a hacer aquello. El mundo es demasiado pequeño para él, su fuerza no tiene límite ni medida. Y estos infieles nuestros aprovecharon para levantar la cabeza como espigas estériles. Unos se arrimaron a las faldas del cónsul francés, otros a las del austriaco y los terceros esperando al del Moscú. Y vaya, cómo enloqueció y se enardeció el populacho. En fin, ocurrió y se acabó. Los emperadores se lanzaron y aplastaron a Bonaparte.

Los cónsules dejarán Travnik. (...) Y todo volverá a ser como siempre ha sido, por voluntad divina. (Andric; 2001: 472)

3. Las consecuencias de las Guerras Napoleónicas en los Balcanes y el Movimiento Ilirio

Ha sido habitual considerar que Napoleón contribuyó, incluso a su pesar, a difundir el liberalismo y el nacionalismo, dos de las grandes fuerzas modeladoras de la historia europea después del Congreso de Viena. Pero, como afirma Esteban Canales (2008: 521), al contrario de lo que sostiene Charles Esdaile, la historiografía reciente ha coincidido en rebajar la importancia de este legado de Bonaparte. El régimen napoleónico difundió por Europa los ecos de la Revolución Francesa y por unos años transformó el mapa europeo, pero no consiguió estabilizar su dominio. La caída de Napoleón se produjo como resultado de una derrota militar en toda regla (y con la invasión del perímetro francés en febrero y marzo de 1814), y definitiva a causa del agotamiento de los recursos militares y del cansancio entre la población francesa después de tantos años de guerra. La desaparición de Napoleón de la escena política permitió aplicar los acuerdos del Congreso de Viena. Éstos tuvieron un éxito inesperado en el campo de las relaciones internacionales, al sentar las bases de un complejo equilibrio de poderes que, durante casi un siglo, evitó nuevas guerras entre las grandes potencias. El legado de Napoleón no tuvo la misma importancia en todos los terrenos. El de las reformas institucionales y administrativas, en la línea del reforzamiento de los poderes del Estado así como de la modernización de los ejércitos, fue mucho más significativo que el legado ideológico, como bien afirma Canales (2008: 523).

En Bosnia, como hemos visto, los terratenientes musulmanes se alzaron incluso en contra de las reformas institucionales y administrativas de modernización que trató de introducir el propio sultán. En Serbia, la rebelión campesina comenzó contra el poder turco local, pero no contra el sultán. ¿Hasta qué punto se puede afirmar que las guerras napoleónicas influyeron en el surgimiento del nacionalismo en los Balcanes? El griego Theodoros Kolikotronis, que participó en la rebelión nacionalista griega de 1821, describe así su influencia real en la misma:

A mi juicio, la revolución francesa y las acciones de Napoleón abrieron los ojos del mundo. Antes, las naciones no sabían nada, y el pueblo pensaba que los reyes eran dioses en la tierra y se veía obligado a decir que todo lo que hacían estaba bien hecho. Debido al presente cambio, es más difícil gobernar al pueblo (citado en Mazower, 2001: 141).

Pero, en nuestra opinión, las guerras napoleónicas influyeron sólo indirectamente en el surgimiento del nacionalismo en los Balcanes. Fue el sistema de *millet* lo que catalizó los procesos de construcción de identidades nacionales modernas, fortaleciendo la identificación de los pueblos con sus religiones. Las acciones de Na-

poleón condicionaron indirectamente tales procesos al involucrar en las guerras al Imperio austrohúngaro, arrebatándole sus territorios balcánicos, y representando una continua amenaza sobre las posesiones otomanas. Aceleró asimismo la cristalización de Rusia como gran patrón de los países cristiano-ortodoxos, papel que ya los rusos ambicionaban mucho antes de las guerras napoleónicas, pero que no se habían atrevido a asumir.

En la creación y la aparición del nacionalismo serbio fueron determinantes la crisis del sistema de *millet* provocada por la modernización del Imperio otomano y la apertura de comercio libre en su territorio, lo que supuso la generalización de la economía monetaria. A lo que se añadiría la intervención singular de Vuk Karadzic, un intelectual con raíces en el país, pero que escribió toda su obra en el extranjero, teniendo en su contra a los representantes oficiales de la alta cultura serbia de la época, contra los que llevaría a cabo una titánica *invención de la tradición* serbia demótica. Las guerras napoleónicas pusieron el contexto en que comenzó a surgir la conciencia nacional serbia, pero las raíces históricas de ésta fueron otras muy diferentes.

Tampoco se puede afirmar que durante las guerras napoleónicas existiera un nacionalismo croata. Napoleón ganó los territorios croatas a los austriacos, y la breve pertenencia de los mismos al Imperio francés no se debió a una emancipación nacional u otro proceso similar. La modernización que los franceses introdujeron en las Provincias Ilirias sigue siendo un grato recuerdo, pero las reivindicaciones del Movimiento Ilirio, que promovió el ideal nacional de Yugoslavia, se debieron más a la identificación romántica de los eslavos del sur con los primeros pobladores de los Balcanes, subrayando así sus *derechos históricos* a esos territorios, que al proyecto napoleónico.

No tiene mucho sentido buscar la huella de la ideología liberal en los Balcanes de la época napoleónica, toda vez que la historia demuestra la casi completa ausencia de ésta en la región, e incluso su debilidad en épocas posteriores (las Guerras Balcánicas; las dos guerras mundiales, la doble creación de Yugoslavia (1918-1941 y 1943-1991), en que predominaron tres ideologías opuestas al liberalismo: nacionalismo étnico, comunismo y fascismo. No está de más recordar que los pueblos balcánicos sólo tuvieron oportunidad de elegir democráticamente su propio futuro tras el colapso general del comunismo (1989-1991). Hasta entonces, los Balcanes, antes y después de las guerras napoleónicas, fueron sólo un escenario de los enfrentamientos de las grandes potencias europeas.

La obra de Vuk Karadzic fue uno de los orígenes intelectuales del grupo *Iliri*, aunque él no participara en su fundación. Los *Iliri* fueron un puñado de intelectuales románticos que auspiciaron la creación de un Estado independiente de los eslavos del sur o *yugoslavos* (*jug*, en serbocroata, significa “sur”). Este ideal político se basaba en el hecho de hablar una misma lengua. El nombre del grupo — en el que participaban croatas, eslovenos y serbios— fue una aportación del croata Ljudevit Gaj, el verdadero fundador de los *Iliri* en 1830. *Ilirio*, como hemos visto, era el nombre literario que daban los venecianos, desde el Renacimiento, al idioma de los eslavos de la costa dalmata.

Ljudevit Gaj admiraba profundamente la obra de Karadzic. A imitación de éste, que había reformado el idioma y el alfabeto serbio para distanciarlo del antiguo eslavo eclesiástico y del ruso, Gaj reformó el alfabeto croata, separándolo del húngaro. Tal fue el origen del idioma normalizado que se llamaría serbocroata a lo largo del siglo XX. La idea de crear un movimiento para propugnar un Estado común de los eslavos de sur se debió principalmente a intelectuales románticos croatas. En 1850, filólogos serbios, croatas y eslovenos (Vuk Karadzic por parte serbia, Ljudevit Gaj y Stanko Vraz, por la croata, y los hermanos Ivan y Anton Mazuranic en representación de los eslovenos) firmaron el *Acuerdo Literario*, una suerte de reconocimiento de la estandarización del doble alfabeto. El idioma común debía unir a los eslavos del sur, aunque, como se demostraría a lo largo de la historia de las dos Yugoslavias, la monárquica y la comunista, los programas nacionales serbio, croata y esloveno eran incompatibles, lo que llevó en ambas ocasiones a la implosión del Estado plurinacional.

Por otra parte, y desde el principio, entre los intelectuales románticos hubo un desacuerdo significativo, aunque parezca sólo simbólico. Ljudevit Gaj proponía el nombre de *Iliri* para todos los eslavos del sur (o yugoslavos). Pero los serbios rechazaron siempre ese etnónimo. Karadzic llegó a decir que resultaría muy difícil convencer a los croatas de que, en realidad, todos los yugoslavos son serbios. “Nosotros estaríamos locos si aceptáramos dejar nuestro nombre famoso por adoptar otro, muerto —*Iliri*—, que hoy en día no significa nada” (Milosevich, 2000: 56). La opinión de Karadzic demuestra que entre los serbios no hubo identificación con los *Iliri* de la antigüedad y menos aún con las Provincias Ilirias.

El Movimiento Ilirio no tenía un vínculo directo con la criatura geopolítica de Napoleón. La idea de un Estado común de los eslavos del sur fue una más de las muchas utopías nacidas de la desesperación y un reflejo de la crisis del *Antiguo Régimen* en los Imperios alógenos que dominaron en los Balcanes, más que de una conciencia nacional autóctona.

Bibliografía

- ANDRIC, Ivo (2001): *Crónica de Travnik*, Barcelona, Debate.
- (1997): *Razvoj duhovnog zivota y Bosni pod uticajem turske vladavine*, Beograd, Prosveta.
- BIDELEUX, Robert y JEFFRIES, Ian (2002): *A History of Eastern Europe. Crisis and Change*, London, Routledge.
- DJOKIC, Dejan (2003): *Yugoslavism. Histories of a Failed Idea, 1918-1992*, London, Hurst & Company.
- ESDAILE, Charles (2009): *Las Guerras de Napoleón. Una historia internacional 1803-1815*, Barcelona, Crítica.
- CANALES, Esteban (2008): *Europa Napoleónica 1792-1815*, Madrid, Cátedra.
- FRIEDMAN, Francine (1996): *The Bosnian Muslims. Denial of a nation*, UK, WestviewPress.

- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2008): *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy.
- GOW, James y CARMICHAEL, Cathie (2000): *Slovenia and the Slovenes. A Small State and the New Europe*, London, Hurst & Company.
- HUPCHICK, Dennis, P. (2004): *The Balkans. From Constantinople to Communism*, New York, Palgrave /Macmillan.
- MALCOLM, Noel (1996): *Bosnia. A short history*, London, Papermac.
- MAZOWER, Mark (2001): *Los Balcanes*, Barcelona, Mondadori.
- MILOSEVICH, Mira (2003): *Vuk Karadzic (1787-1864): Los saberes de la nación serbia* (tesis doctoral inédita), UCM.
- (2001): *El Trigo de la Guerra. Nacionalismo y violencia en Kosovo*, Madrid, Espasa Calpe.
- (2000): *Los tristes y los héroes. Historias de los nacionalistas serbios*, Madrid, Espasa Calpe.
- TANNER, Marcus (2001): *Croatia. A nation forged in war*, New Haven, Yale University Press.